

POR LOS CAMINOS DE LA GUANCHA DE ABAJO

Pregón de las fiestas en honor de la Virgen de Coromoto 2016

***Juan José Rodríguez González, miembro del Patronato de la Fundación**

Les invito en esta noche de mayo a que hagamos un recorrido por los caminos de La Guancha de Abajo, por los caminos del tiempo, de ayer a hoy y de hoy a ayer; por lugares que han permanecido inmutables o han cambiado tanto que parecen, y son, otros; por las gentes que han conformado una identidad colectiva, propia; por hechos que han marcado el devenir del barrio. Por los caminos de la vida de La Guancha de Abajo. Para unos, recordar, evocar; para otros, descubrir. Para todos, preguntar, preguntarnos.

Este es un pregón para las fiestas de un barrio que ha dejado de ser barrio, porque, aunque oficialmente desde 1969 se estableció como parte del casco del pueblo, la decisión de los gobiernos municipales de los años ochenta de hacer que la expansión del casco del municipio se desplazara hacia abajo, abriendo nuevas vías de comunicación, instalando centros educativos y administrativos, urbanizando nuevas zonas ..., produjo que La Guancha de Abajo se encuentre actualmente en el núcleo central del pueblo. Echando la vista hacia atrás, no mucho atrás, recordemos a la calle Solítica apenas iniciada (en 1977 se prolongó desde la “casa de Lolo” hasta la entrada de Tierra Costa), toda la zona de La Hoya Giles y La Peña sin ninguna construcción, solo terrenos de cultivo, molleros, paredones y caminos agrícolas. En ese momento, el barrio de La Guancha de Abajo se configuraba urbanísticamente como una entidad definida y distinguible de La Guancha de Arriba con la que se comunicaba, principalmente, por la empedrada Calzada de La Guancha de Abajo, sus principales núcleos de población se conformaban en torno a La Centinela, Crucillada, Arguayo, San Antonio, Calle Verde, La Cañada y El Risco y sus gentes se caracterizaban por poseer un carácter particular, una singular forma de ser, una personalidad propia.

Aunque esas características se han ido diluyendo con el tiempo y las circunstancias, todavía podemos entrever muchas con las que nació y se desarrolló y que le dieron ese sello peculiar y distintivo. Así, ya en sus orígenes, incluye en su nombre el término La Guancha, contraponiéndola al de La Guancha de Arriba, resaltando de esta manera su pertenencia al pueblo de La Fuente de La Guancha, pero al mismo tiempo mostrando sus elementos diferenciadores.

El lenguaje hablado de la gente de La Guancha de Abajo poseía una característica específica en la entonación que permitía reconocer con facilidad la procedencia del hablante, un “deje”, se decía – deajo, en castellano - similar a lo que ocurría en el cercano barrio de Las Aguas de San Juan de la Rambla. Este “deje” o deajo ha ido desapareciendo como consecuencia del aumento de las interrelaciones y el efecto unificador de los medios de comunicación, esta globalización que todo lo homogeniza, pero que se mantiene casi intacto en el peculiar sentido del humor de muchos de los

habitantes de La Guancha de Abajo que se manifiesta en una palabra, una frase breve o un pequeño cuento para describir, narrar o calificar una situación de la vida cotidiana que para otros pasa desapercibida. Es una ironía sana, no sarcástica, no hiriente, fruto de percibir un suceso, una actuación o expresión de alguien desde una perspectiva distinta y que produce la risa o la sonrisa. La entonación propia y la capacidad para imitar el habla potencian ese sentido del humor, puesto que contado por otros no produce el mismo efecto humorístico, hasta tal punto que muchas veces uno no sabe si se ríe por el contenido de lo que te cuentan o por la forma de contarlo.

Juan José Pérez, Cuco, guanchabajero que triunfa en Madrid como director de teatro, recogió en “Cuentos de La Guancha” escenas cotidianas de la vida de su barrio y el grupo “Tibicena” las representó en muchos pueblos de las islas. Además, en los lugares donde se desenvuelve propaga las anécdotas y los cuentos de La Guancha de Abajo de tal forma que, hace unos años en Madrid, después de asistir a una obra de teatro, nos invitó a tomar una copa y charlar con los actores. En algún momento, me pareció que estaba en un banco de esta plaza escuchando a Rosendo Madre, Chana, Felipe Espinosa, Chedo...ya que los citaban continuamente y aludían a sus historias y expresiones, aunque sin conseguir la gracia y la simpatía, a pesar de ser actores, de la gente de La Guancha de Abajo.

Rosendo Madre, Chana, Felipe Espinosa, Chedo y otros muchos son personajes clásicos recordados por sus anécdotas, expresiones, salidas imprevistas ante situaciones determinadas, formas de actuar,... Felipe Velázquez, desaparecido prematuramente, al que el escritor Salvador Pérez, con raíces familiares en La Guancha de Abajo, alude en varias partes de su magnífico libro “La Banda en la vida”, fue un extraordinario productor y reproductor de historias y expresiones del barrio. Actualmente, hay varias personas todavía que conservan la memoria y poseen la capacidad de contar con la expresión original esos trozos de la vida cotidiana de La Guancha de Abajo. Es urgente impedir que los cubra el velo del olvido, ahora que la tradición oral ha perdido el peso que tenía, y se recojan y permanezcan para conocimiento de generaciones futuras.

José Hernández Luis, Pepe Cañada, concejal durante tantos años y preocupado siempre por los problemas de La Guancha de Abajo, poseía en alto grado ese humor guanchabajero al que venimos aludiendo y lo utilizaba en cualquier momento, incluso en situaciones que no le eran propicias: “Vengo de recoger los resultados de un análisis. No me dio ni uno bien. Vamos a tomar una cerveza pa celebrarlo.” “Si deajo de comer todo lo que me quitan los médicos a los que voy, me curo, pero me muero de hambre”; o cuando imitaba a uno que trastocaba el orden de las palabras en la frase: “¿sabes lo que te digo? Pa decírtelo por delante te lo digo por detrás”. Honorio Real, garachiquense que se integró en el barrio, concejal durante varios años y que compartía con Pepe la preocupación por los asuntos de La Guancha de Abajo, celebraba mucho lo que él llamaba los “golpes” de Pepe.

Junto a la casa de mi abuela Luciana, en la entrada de la de Pedro Agelico, frente a la de Ramón, el de doña Rosa, padre de Quico, había un mentidero donde los

vecinos solían pasar un rato después del duro trabajo en el campo, hablando de todo y nada y alguno, el más letrado, leía algún periódico viejo. Entre los asiduos estaba don Antonio, marido de mi tía Amelia, al que llamaban cariñosamente “El Fenómeno” por el énfasis que ponía al hablar y por usar con frecuencia palabras como fenómeno y otras no comunes en aquel ambiente. Estuvo en Cuba durante mucho tiempo y uno de sus trabajos allí fue de lector en una fábrica de tabacos donde leía novelas y cuentos a los operarios mientras confeccionaban el tabaco. Recuerdo que una vez me regaló un libro de cuentos de Calleja que había traído de la isla antillana (Calleja fue un editor español que a finales del siglo XIX publicó cuentos infantiles a precios muy baratos que permitían adquirirlos a la mayoría de los niños y que tuvo mucho éxito en Hispanoamérica. De ahí se deriva la expresión “tienes más cuento que Calleja”). En una ocasión le conté lo del oficio de lector a un amigo palmero, Gabriel, y me dijo que su padre tenía una pequeña fábrica de tabaco en La Palma y lo ponía a él, siendo muy joven, a leerle a los empleados las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, novelas del Oeste que devoraban en aquel tiempo los hombres; las mujeres leían las novelas románticas de Corín Tellado. Se publicaban cada semana a precios muy asequibles. El autor escribió miles de novelas llenas de indios, bandidos y vaqueros que, sin embargo, se ajustaban a las características históricas y geográficas reales. Fue general de artillería en el ejército de La Segunda República durante la Guerra Civil. Quico, Juan José Pérez, recuerda que don Antonio leía de vez en cuando a los tertulianos algún relato y solía parar en un momento crucial de la narración y dejarlos intrigados hasta el siguiente día.

Un ejemplo de ironía y de buscarle la vuelta a las situaciones es una conocida anécdota protagonizada por Felipe Espinosa, el zapatero, y del que podría escribirse un libro completo con las historias que se cuentan de él: una tarde, en el mentidero citado antes, uno de los componentes de la tertulia leía en voz alta y sentado en el suelo un periódico, seguramente de hacía varios días, y por una rotura del pantalón, algo normal en aquellos tiempos de rotos, remiendos y parches - anticipo obligado de la moda actual - había salido una de sus partes pudendas que reposaba, apaciblemente, en las piedras del suelo. Felipe que pasaba por allí, miró la escena, cogió una lajita y se la puso debajo de la imprudente parte, “pa que no se te trille”, dijo, y siguió con su pipa y su sempiterno sombrero camino de La Guancha de Arriba por la empinada calzada.

La Calzada de La Guancha de Abajo, como se la denominaba normalmente, era la vía principal para acceder a La Guancha de Arriba y a los terrenos de Los Altos, el monte o La Cumbre. Arriba, en los contadores de agua, junto a la casa que fue de Liboria, se abre un espectacular paisaje con La Guancha de Abajo a los pies y el mar al fondo. Desde allí se contempla la ermita de Coromoto que, como dijo un periodista con motivo de su inauguración en 1957, “Está al final de la cuesta de piedra. Una torre de colores con sus campanas de bronce que suenan a nuevas y un reloj con cuatro esferas”.

También en ese periódico se decía que “es necesario en La Guancha la ampliación y pavimentación de las calles ya que en la actualidad es imposible el tráfico rodado por la mayoría de las existentes.” Y a eso se puso un emigrante de La Guancha

de Abajo que regresó de Venezuela y vivía en La Calzada. Tinerfe Jorge - inquieto, emprendedor, miembro de varias instituciones del municipio - inicia un fenómeno muy importante para La Guancha, las obras comunitarias, fenómeno de tanto impacto para el pueblo que merecería un estudio histórico, sociológico, económico y hasta psicológico para entenderlo en toda su extensión. Tinerfe aunó los esfuerzos de los vecinos, que participaban con su trabajo, y la ayuda del Ayuntamiento para asfaltar las calles de El Calvario, San Antonio, Arguayo y Cruz Verde. Recuerda José Grillo, que paralelamente promovía la ampliación y asfaltado de las calles de La Caldera, que, en La Guancha de Abajo, en diciembre del año 1973, pagaron el metro cuadrado de asfalto a 44 pesetas y un mes después, en enero de 1974, en La Caldera lo tuvieron que pagar a 100. Fue la primera crisis del petróleo que redujo la actividad económica en los países occidentales y se dejó sentir mucho en nuestras islas.

Las obras comunitarias continuaron realizándose durante varios años más y cambiaron el estado deficitario de muchas vías de comunicación urbanas y agrícolas y de instalaciones de riego del municipio. Aquí también tenemos que citar nuevamente a Pepe Cañada que realizó una labor callada y dura, convenciendo a los vecinos, mediando en los conflictos, estimulando, creando equipos, buscando apoyos para llevar a cabo las obras.

La Calzada se llama calle de San Antonio y una de las imágenes de la ermita es la de San Antonio Abad. ¿Cuál es el origen de la relación de La Guancha de Abajo con San Antonio? El incendio de 1888 del edificio de La Alhóndiga que destruyó los documentos que estaban en el archivo causó el que hoy tengamos un escaso conocimiento sobre el nacimiento del pueblo y su evolución hasta esa fecha. Afortunadamente, el Archivo Parroquial se ha mantenido intacto y ha paliado en parte ese desconocimiento, como demuestran Eduardo Espinosa y Estanislao González en su libro "Historia de la Fuente de La Guancha" en el que hay muchas referencias a La Guancha de Abajo.

En testamentos del siglo XVII se habla de la construcción de un cuarto junto a una casa para destinarlo a ermita bajo la advocación de San Antonio Abad, pero no se dice dónde estaba situada. En cuentas parroquiales del siglo XVIII y XIX se señalan ingresos por el alquiler y por tributos de la Casa de San Antonio Abad. Respecto a dónde estaba, en 1897 el Ayuntamiento toma un acuerdo en el que señala "desde La Casa de San Antonio a la Encrucijada", refiriéndose al inicio y final de la calle Arguayo, por lo que, presumiblemente, esta casa podría haber sido la conocida como la de doña Rosa, aquí frente a la plaza, ya hoy desaparecida y, es posible, como recuerda Aurora, la de Pedro Paulino, que la ermita estuviera en un espacio con un portalón que había entre esta casa y la de don Juan, más tarde adquirida por Meca y Rosendo. Fidela, la de Chana, añade que se acuerda de ver restos de vigas de madera del techo. Por tanto, con bastante seguridad, parece venir de aquí la relación de La Guancha de Abajo con San Antonio Abad. Sin embargo, es probable que no llegara a cumplir los fines que había previsto el matrimonio que construyó el cuarto junto a su casa, puesto que, cuando se habla de alquileres y tributos, quiere decir que se dedicó a

otra cosa. Además, la imagen de San Antonio Abad que estaba en la parroquia y que parecía estar destinada a la ermita nunca se llevó allí.

La tradición oral, no documentada hasta ahora, dice que toda o parte de esta casa fue desamortizada en el siglo XIX, pero se necesita investigar mejor este aspecto. Lo que sí sabemos con certeza por lo que manifiesta José Juan Ojeda Quintana en su libro “La Desamortización en Canarias (1836 y 1855) que en 1859 se subastó una huerta en la Ermita de San Antonio, clasificada como de la Beneficencia rústica, propiedad del Hospital de los Dolores, de cuatro celemines, unos 2148 m, ² que adquirió Manuel V. Sansón por 2250 reales de vellón.

Recordemos también que en 1855 fue desamortizada en La Guancha la finca más extensa de las que se desamortizaron en Tenerife y que comenzaba describiéndose así: “Tierra de secano y arrifes para pastos situada en gran parte de El Teide y sus faldas, conteniendo algunas cuevas que contienen nieve todo el año, perteneciente a los propios de La Guancha, compuesta de 14.999 fanegadas, o sea, 7.400 Ha, 47 a 97 ca” O sea, una superficie más de tres veces mayor de la que tiene La Guancha actualmente. Estas tierras pertenecen ahora, en su mayor parte, al municipio de La Orotava.

Siguiendo con otro tema histórico, el próximo noviembre se cumplen 190 años de una terrible catástrofe que asoló a La Guancha. La noche del 7 al 8 de noviembre de 1826 se produjo un aluvión originado por vientos huracanados y fuertes lluvias que causaron cincuenta y tres muertos, algunas fuentes hablan de cuarenta y nueve, entre ellos dieciséis niños con edades entre siete meses a trece años y quince jóvenes entre quince y treinta años. Solo cuatro pasaban de los 60 años. Las víctimas mortales se produjeron en los barrios de La Asomada, El Farrobo y dos en Santa Catalina. Se tienen pocas noticias de los cuerpos de las víctimas, seguramente la mayoría no se encontraron, aunque en la relación de fallecidos que hizo el que era párroco en esos momentos, Benito García Rodríguez, y que está enterrado en la iglesia parroquial, al lado del evangelio, en solo cuatro nombres pone “enterrado o enterrada”, además, por los apellidos, parecen de la misma familia. Es presumible que, en estos casos, no se los llevara el agua. En otro documento se dice que el cadáver del joven cuya novia se arrojó a las aguas tras ser arrastrado él, fue encontrado en La Gomera y reconocido por un guanchero que estaba allí. Cristóbal y Ruperto Barrios, en su libro “Crónica de La Guancha a través de su refranero”, dicen que en 1928 al cavar los cimientos de una casa en la calle La Caldera, lugar afectado por el aluvión, se encontraron algunos restos, según les relató un testigo presencial. Además, cerca de cien casas fueron arrasadas o quedaron en ruinas, murieron centenares de cabezas de ganado y muchas tierras laborables desaparecieron. Gran parte del barrio de Santa Catalina quedó arrasado incluyendo la primera ermita.

La tragedia sumió al pueblo en una profunda miseria. En el libro “La Guancha: escudo, bandera y pendón”, Juan José Rodríguez y Salvador Pérez citan al pintor y dibujante de los vestidos de Tenerife, Alfred Diston, que en 1829 escribió: “El Miradero es una extensión de terreno entre el miserable (lastimoso) caserío de La

Guancha y el término de Icod de los Vinos...” Si visitó esta zona tres años después del desastre es lógico que viera un pueblo mísero y lastimoso del que no se preocupó ningún gobernante.

¿Qué relación especial tiene La Guancha de Abajo con este hecho? Si miramos hacia El Carbón, hacia la hoya, podemos observar que, a pesar de la intervención humana, conserva la forma de un barranco. Efectivamente, antes de esta fecha el barranco de La Arena, que viene desde La Cumbre, discurría por el oeste de Cerro Gordo, Las Cuchuelas, El Farrobo, El Natero, Hoya Honda, La Crucillada y por Santa Catalina llegaba hasta el mar. Pero esa noche, en el lugar de El Toro, detrás de Cerro Gordo, se obstruyó ese barranco, haciendo que estas se desviaran hacia el este y bajaran en rápida corriente hasta La Asomada y La Caldera, asolándolo todo a su paso.

Por El Carbón pasaba también el camino real hacia Icod. Verdaderamente, el camino real del norte era el que partiendo de La Laguna llegaba hasta Buenavista y en La Guancha atravesaba Santa Catalina, Calzada de la Yegua, La Montañeta y barranco de Las Ánimas. Sin embargo, se le atribuía también este nombre a otros caminos que unían otros lugares. Así, se llamaba camino real al que partía del Realejo Bajo y seguía por Tigaiga, Icod el Alto, altos de San Juan de la Rambla, Lomo de La Guancha, La Asomada, La Plaza, Cruz de los Claveles, El Calvario, calzada de El Carbón, La Crucillada, La Centinela, La Tabona y así hasta llegar a Buen Paso donde enlazaba con el camino real del norte.

Desde La Crucillada, encrucijada de caminos, llegamos a La Centinela, topónimo utilizado en muchos pueblos de la isla en lugares desde los que se divisa una amplia superficie de terreno y se puede vigilar una extensa zona. La Centinela de La Guancha de Abajo ofrece un panorama único con vista hacia la cumbre y hacia el mar, con La Tabona y Tierra Costa a sus pies y allá, al fondo, la Isla Baja. Muchas tardes se puede contemplar unas espectaculares puestas de sol.

Documentos de principios del siglo XIX dicen que en La Guancha existió una compañía que pertenecía al regimiento de milicias provinciales de Garachico y es posible que La Centinela fuera uno de los lugares donde pudiera estar establecido un puesto de vigilancia.

(En noviembre de 1815 un joven del barrio de La Vega de Icod de los Vinos, José Valentín, cometió un crimen en La Guancha. Era miliciano del Regimiento Provincial de Garachico por lo que le hicieron un Consejo de Guerra en esta villa que lo condenó a morir en la horca. A la espera que el rey Fernando VII confirmase la sentencia lo trasladaron a Santa Cruz donde estuvo dos años. El 26 de noviembre de 1817, a las cuatro y media de la tarde, en la explanada situada frente al convento franciscano de Garachico, el Verdugo de Canaria ejecutó la sentencia aplicando el garrote vil, “por no estar versado en el patíbulo de la horca”).

También La Centinela está relacionada con el fenómeno de los prófugos. Muchos jóvenes antes de ser llamados a filas para cumplir el servicio militar optaban

por emigrar a Cuba a trabajar en el cultivo del tabaco y de la caña de azúcar. Se estima que entre la mitad del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX emigró a Cuba por lo menos un hombre mayor de quince años de cada casa, además de familias enteras. Al cabo de algunos años solían regresar para ver la familia, casarse o invertir el dinero ganado, pero con la intención de marcharse nuevamente. En el tiempo que estaban aquí, eran prófugos y podían ser perseguidos por la Guardia Civil por lo que todo el pueblo estaba alerta para avisarles y que se escondieran si esta llegaba al pueblo. Hasta principio de los años veinte del siglo pasado, la Guardia Civil de La Orotava era la encargada de la vigilancia de La Guancha. Los agentes iban hasta San Juan de la Rambla y subían por La Ladera, San José y Molino del Viento hasta La Guancha. A partir de esa fecha, venían desde Icod de los Vinos por el camino real que pasa por La Centinela. Desde aquí era un buen lugar para atisbar su llegada y dar los avisos oportunos.

La Tabona y El Roque nos traen reminiscencias guanches. Estos llamaban tabonas a las piedras afiladas que utilizaban como cuchillos, hachas, raspadores, etc. Uno de los materiales que usaban era la obsidiana, piedra volcánica negra, brillante, fuerte, quebradiza y con reflejos vidriosos, que al romperse deja bordes afilados. No se sabe con exactitud si con tabona se referían a la obsidiana o a los instrumentos hechos con ella, pero lo cierto es que en Tenerife hay varios lugares con este topónimo, en algunos casos referidos a terrenos con abundancia de obsidiana.

La zona de La Tabona se confunde con la de El Roque y por aquí se encontraron vasijas prehispánicas que están actualmente en el Museo Arqueológico de Tenerife, integrado en el Museo de la Naturaleza y el Hombre, situado en el que fue antiguo Hospital Civil en Santa Cruz de Tenerife. El hecho de que se hallaran vasijas hace pensar en una comunidad más o menos estable y con agua cercana que podría ser la antigua Fuente de El Pinalete.

Las características de los antiguos pobladores de esta comarca fueron estudiadas por Luis Diego Cuscoy, uno de los investigadores más importantes de la vida guanche y que estuvo de maestro interino en La Guancha el curso 1928-29. Más tarde, llevó a cabo una amplia investigación en San Juan de La Rambla y La Guancha que recogió en varias de sus publicaciones. Alfonso Morales relata en su libro “Geografía médica del término municipal de La Guancha” su visita al Museo Arqueológico en compañía de su director, Luis Diego Cuscoy, donde pudo contemplar los objetos recogidos en Hoya Brunco, Los Celajes, El Sauce, La Hoya, El Roque, Los Cabocos, etc.

Arguayo, una de las cuatro calles que nacen en la encrucijada de caminos, en La Crucillada, se desliza irregularmente hasta San Antonio. Tiene el mismo nombre que el barrio de Santiago del Teide y que el Roque de Arguayo y similar al de un caserío y una loma de La Gomera, Arguayoda. Es muy probable que este topónimo tenga un origen guanche, pero no se conoce su significado ni tampoco sabemos el porqué se adoptó ese nombre para este antiguo camino de La Guancha de Abajo.

Y en la calle Arguayo, un lugar, hoy calle, el Monte Santo. ¿Por qué este nombre? ¿Pudo estar el Calvario de La Guancha en este sitio? Esta explicación es una simple conjetura, necesita investigarse más. Los calvarios fueron fomentados en las islas desde el siglo XVI por los franciscanos que era la orden más extendida en Canarias, haciendo que se levantase uno en los extremos de cada pueblo donde terminaran los cultos del vía crucis. En general, consistían en un muro con almenas y tres cruces, la de Jesús y la de los dos ladrones. Tal como expresan los autores de “Historia de la Fuente de La Guancha”, basándose en testamentos del siglo XVII, en 1633 había un calvario pero en 1664 ya se habla de un calvario viejo lo que quiere decir que en ese período de treinta y un años se construyó uno nuevo. Este podría haber estado aquí en el Monte Santo puesto que en el año 1865 los vecinos, de acuerdo con el cura y el Ayuntamiento decidieron trasladar el Calvario, que se hallaba en La Guancha de Abajo, en un punto fuera de tránsito, a otro más cercano a la parroquia y dentro de la población. Se realizó el traslado al lugar en el que está en la actualidad. El nombre, Monte Santo, estar en La Guancha de Abajo y situado en un punto que no se consideraba como de paso habitual, hace pensar que pudiera haber estado aquí durante muchos años el Calvario de La Guancha.

En Arguayo vivía Chedo, una persona entrañable, con el humor de La Guancha de Abajo y servicial con sus vecinos. Con mucha frecuencia y a cualquier hora, en épocas de escasos servicios sanitarios, se le veía con la cajita en la que llevaba la jeringa y las agujas para inyectar a alguien, previa esterilización de las mismas introduciéndolas en un caldero con agua hirviendo. Era también muy ocurrente y, en ocasiones, animado por algún vasito de vino y a horas intempestivas, se atrevía a cantarle a su suegro coplas como esta que recuerda Rosendo, el de Ica y de Juanito, el de doña Rosa: “Levántate Bonifacio/que viene tu yerno Chedo/pa que le albardes el mulo/que va pa Los Manzaneros”.

Y también estaba la venta de Canina que todavía con más de noventa años conserva la lucidez, la afición por la lectura y el humor. Recientemente y al enterarse de la muerte de una persona del barrio dijo, refiriéndose a su marido Antonio que murió hace ya muchos años: “Mi Antonio estará diciendo dónde se habrá quedado esta mujer que no viene todavía”.

En Arguayo Rosendo Madre tenía su venta, su camión y sus anécdotas. Un hombre emprendedor del que se cuentan multitud de historias con el vehículo que conducía por las tortuosas carreteras de antes cargando papas y otras mercancías. En una ocasión, bajando por la carretera de San José, al llegar a San Juan de la Rambla había un estrechamiento porque una casa estaba saliente respecto a la carretera, calculó mal y chocó contra la fachada produciéndole algunos destrozos. La dueña salió hecha una furia diciéndole de todo menos buen conductor. Cuando Rosendo creyó que se había calmado algo le dijo: - Tiene usted razón señora, pero ¡no me negará que esta casa no debía estar aquí! Con lo que volvió a encender los ánimos de la dueña de la casa a temperaturas inimaginables. Quico, Juan José Pérez, gran narrador de las anécdotas guanchabajeras, contaba recientemente que Rosendo tenía una especial

habilidad para no comprometerse con algo si no lo tenía claro. - ¿Qué te parece, Rosendo? – Sí y no - Pero ¿qué quieres decir? – No y sí- ¡Qué gran político se perdió!

Y qué decir de Chana, mi tía Chana, que tenía la venta al principio de la calle Arguayo, viniendo desde San Antonio. Era una fiel representante de ese humor irónico, rápido y certero del que hemos hablado. Su charla, con la más genuina entonación guanchabajera, era un río de expresiones, calificaciones y puntos de vistas inéditos y sorprendentes que hacían reír a quienes la escuchaban.

Es conveniente repetir, insistir en lo dicho antes: ahora que la tradición oral pierde importancia es el último momento para que los buenos contadores de las historias de La Guancha de Abajo que todavía quedan dejen para las generaciones futuras esta parte importante del acervo cultura del barrio que retrata una forma de ser, una personalidad colectiva.

Por el camino de La Granadilla se iba hacia Cabo Verde y el Valle cuando no se llevaban animales de carga y por él se subía a hombros las piñas de plátanos que venían a recoger con el camión Austin Morris los empleados del empaquetado “Los Carmitos” de San Juan de la Rambla. Bajaba el camión por la calzada y pasaba entre la casa de Manuel Velázquez y la de Rosendo y Meca, rozando las paredes con las barandas de la carrocería. Seguramente, su nombre, La Granadilla, deriva de la abundancia de granadillos que había y hay en el camino, planta considerada como una especie endémica de las Islas Canarias.

Desde el balcón que representa esta plaza de Venezuela o desde La Asomadita, se contempla Cabo Verde, una de las sucesivas terrazas que van escalando la empinada orografía de La Guancha. Una pregunta al aire, ¿su nombre proviene de los portugueses que vinieron cuando la Conquista recordando una de sus posesiones o es una analogía de un saliente que se interna en el mar?

A Cabo Verde, sobre todo si se llevaban animales de carga- burros, mulos, yeguas, se iba por el camino de La Cañada que se iniciaba en La Asomadita y seguía por lo que hoy es calle de Gran Canaria; más abajo fue cortado por la carretera, aunque todavía se conserva parte de su antiguo trazado en las cercanías de la bodega Viñátigo. En viejos testamentos, se habla de higueras, morales, parras, papas y, durante mucho tiempo, como consecuencia del riego y los buenos precios, estuvo sembrado de plátanos, formando un verde manto que llegaba a la costa hasta confundirse con el azul del mar.

Desde La Asomadita, la calle Cruz Verde, la calle Verde como se recoge en muchos documentos antiguos y como se dice con frecuencia, serpentea en busca de su otra asomadita, antesala de El Risco. Aprisionada y atravesada por la Urbanización de La Peña mantiene, a duras penas, su identidad de siglos. En sus inicios, en La Asomadita, estuvo durante muchos años una fuente pública y, cerca de ella, la venta de Leopoldo, alto y enjuto, que alegraba las mañanas de muchos con “la mañana” antes de

enfrentarse al duro trabajo. Más allá, la casa de don Pedro Jorge donde hubo una escuela unitaria creada en 1932 y regentada como primer maestro por don Cristóbal Barrios y, más tarde, por don Antonio Márquez. El primero, fue elegido como alcalde en la comisión gestora nombrada por el gobierno de la República y que actuó desde enero a abril de 1933; el segundo, durante la guerra, fue sancionado y trasladado a Chimiche. Y en la calle Verde, la zapatería de Felipe Espinosa, manantial de historias, cuentos, “golpes” y salidas ingeniosas del más puro humor de La Guancha de Abajo. “La mujer entró en la zapatería con unos zapatos que no había por dónde cogerlos. Felipe los miraba y remiraba. – Don Felipe, a ver si me puede arreglar estos zapatitos que me da pena botarlos” - ¿Te da pena botarlos? Tráelos pacá mujer que yo te los boto”.

Desde La Asomadita, la otra Asomadita, se divisa El Risco y los barrios altos de San Juan de la Rambla. El Risco lo componían dieciséis o diecisiete casas y se comunicaba con La Guancha de Arriba por el camino de La Hoya Giles y con San José, a través del sendero que cruzaba el barranco y continuaba por la Fuente de la Zarza que aplacó la sed de los antiguos pobladores y los nuevos que se asentaron después.

El Farrobo y el Risco fueron los dos últimos barrios en tener luz eléctrica. Pero El Risco tardó más, todavía en marzo de 1975 Cristóbal Barrios clamaba en las páginas de El Día contra esa injusticia. Parece que no había presupuesto para pagar la instalación desde el transformador que estaba cerca del colegio Plus Ultra. Tinerfe Jorge y José Grillo, concejales en ese momento, se enteraron casi por casualidad que había una normativa que obligaba a la compañía eléctrica a realizar la instalación por su cuenta si el núcleo de población estaba a una distancia determinada. Con un ovillo de hilo fueron midiendo hasta la primera casa del barrio y como estaba dentro de lo estipulado, la compañía tuvo que electrificarlo.

Hoy, El Risco viejo conserva su sabor antiguo, conviviendo con El Risco nuevo que nació de una experiencia singular que ha sido resaltada y reconocida por algunas instituciones, pero tal vez no suficientemente valorada en el pueblo. Entre los años 1991 y 1995, el Ayuntamiento de La Guancha promovió a través de una Escuela Taller que los alumnos y alumnas asistentes, además de aprender un oficio, construyeran su propia vivienda, partiendo de que así estarían más motivados para obtener una buena formación. Fue una experiencia dura por la propia complejidad del proyecto y hasta por las incomprensiones y celos que suscitaba, pero la implicación de profesores, monitores y autoridades hizo que todo fuera un éxito. Al final, cincuenta jóvenes aprendieron un oficio y obtuvieron una vivienda con un pequeño préstamo en relación con el valor de la casa, en un lugar bien urbanizado y con todos los servicios. La inauguración y entrega de llaves se realizó el seis de mayo de 1995 con la asistencia del entonces ministro de Administraciones Pública, Jerónimo Saavedra.

Aunque fueron muchas las personas implicadas, es justo resaltar el trabajo de dos de ellas: el alcalde de entonces, José Grillo, que creyó desde el principio en un proyecto tan complejo y tan difícil de ejecutar y Esteban Afonso, entonces director de la

Caja de Canarias en La Guancha que colaboró de manera importante en la búsqueda de soluciones a los frecuentes problemas de financiación que se presentaban.

Las casas de La Cañada contemplan su camino de siglos por el que pasaban los ganados de los guanches y, más tarde, el de los cabreros de los nuevos pobladores en busca del pasto de la costa en invierno y de las partes altas en verano. Por allí pasaban los “Luises” con sus cabras camino de los terrenos de malpaís que poseían cerca de la playa de San Marcos y, tal vez, “Los Amaros” cuyo corral se conserva todavía en el monte de La Guancha, aunque el pino centenario que lo custodiaba se secó recientemente. Por allí bajaron emigrantes llenos de ilusión y subieron ansiosos por ver a sus familias, muchas veces tan pobres como se fueron. Y gentes del pueblo para viajar en vehículos cuando las carreteras todavía no habían llegado aquí. Y jóvenes que iban al Charco de El Viento al rito iniciático de aprender a nadar y regresaban por la tarde entre higueras y morales.

Y la Virgen de Coromoto, patrona de esa Venezuela que en el siglo pasado, sobre todo a partir de los años cuarenta, acogió a tantos canarios, a tantos guancheros, unos ochocientos había en 1957. La larga fila de mujeres ante la puerta de Correos, primero en Obispo Pérez Cáceres y después, en Primo de Rivera, esperando que Juanito el del correo o, en la venta de Canina, Manuel el del correo, leyeran su nombre en la carta de su emigrante - marido, padre, hermano – para saber cómo estaba, cuándo mandaba el giro, a cuánto estaba el bolívar, si pensaba venir. Las nuevas casas de líneas más modernas que iban cambiando la fisonomía del pueblo. La soledad de la familia separada, el hombre allá, la mujer y los hijos, aquí. Trabajo, esfuerzo, penas para ahorrar y mandar bolívares a los que esperan. Para vivir. Para sobrevivir.

Y las fiestas de Cruz en La Centinela, Crucillada, Arguayo, Cruz Verde...pero sin una fiesta distintiva que aglutinara a todo el barrio, que sirviera como elemento identificador de La Guancha de Abajo, que, además de su función religiosa, fuera referencia temporal, elemento que potenciara las relaciones sociales y reforzara la pertenencia al lugar donde se está viviendo, a sus significados y a sus símbolos, como se da en todas las sociedades, rurales o urbanas, y desde la antigüedad más remota y en todas las civilizaciones, como aquellos antiguos pobladores, los guanches, que durante la primera luna de agosto, celebraban el Beñesmén para festejar la recogida de la cosecha con ritos y juegos.

Y José Velázquez, emigrante que vuelve a su barrio después de más de veinte años de ausencia. Se fue muy pobre y regresa muy rico, con su Cadillac verde, descapotable, al que le sobraban metros y le faltaban calles. Un “haiga”, como se decía de los coches grandes y ostentosos, parodiando a los estraperlistas que se enriquecieron rápidamente en la amarga posguerra que cuando iban a comprar un coche pedían “el más grande que haiga”. Trae un proyector de cine con el que daban películas y documentales en el salón donde está actualmente la Ferretería Hernández y en La Guancha de Abajo. Viene con el deseo de hacer algo en su pueblo como sufragar los gastos de varias obras en la iglesia parroquial. Pero, sobre todo, quiere hacer algo

grande en su barrio, algo que perdure y que sea notorio, algo que testifique de forma permanente su éxito en las tierras de Venezuela. Busca un lugar privilegiado, abierto a la cumbre y a la mar, al oriente y al poniente y manda construir una ermita dedicada al culto de la Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela, y una plaza con el nombre de la nación que le dio su fortuna. Y quiere que la iglesia sea alegre, con mucha luz y colorido, con una torre alta que mire lejos, tan lejos como él miró cuando embarcó buscando una vida mejor. Y la ermita se edifica con un albañil, don Florencio, que vino desde la lagunera La Higuera y se estableció con su familia en La Guancha de Abajo y con la ayuda de vecinos que hacían “prestaciones”, daban su trabajo, y con la colaboración de algunos emigrantes guancheros en Venezuela. Y llegaron las imágenes de Nuestra Señora de Coromoto, traída de Venezuela, y de la Virgen del Carmen, Santa Cecilia, San Antonio Abad y San José, compradas en Zaragoza; las cajas que las contenían las abrió con una pata de cabra Manolo, el de Chana, ante la presencia atenta y vigilante de su tío José Velázquez y su preocupación por lo que significaban aquellas palabras de letras mayúsculas y enormes que decían MUY FRÁGIL. El San José fue un regalo de la parroquia como reconocimiento de la labor de José Velázquez. Y así se va cumpliendo la voluntad del indiano porque, como dijo un periodista, son alegres los rostros de las imágenes y es hasta alegre el gesto del cerdito que acompaña a San Antonio.

Estamos en 1957 y el indiano que ha vuelto al lugar de donde partió, ha hecho varias inversiones en la isla, entre ellas una casa señorial en la plaza de Los Patos en Santa Cruz que, más tarde, fue, durante un tiempo, sede de la presidencia del Gobierno de Canarias. Y dona la ermita al Obispado nivariense poniendo una serie de condiciones entre las que se encuentran que se haga culto solemne en honor de la Virgen los días 8 de septiembre y el último domingo de mayo, que se nombre mayordomo a una persona de La Guancha de Abajo (don Pedro Jorge y doña Efidencia García, “Evidencia”, fueron los primeros mayordomos) y que cada año se haga una misa por el donante y los familiares difuntos.

Ya está la ermita con el reloj de la torre marcando el tiempo de la Guancha de Abajo; ya está la plaza, cedida al Ayuntamiento. Ahora falta culminar la obra con la inauguración y una fiesta a lo grande, algo que no se olvide, que permanezca en la memoria colectiva del barrio. El 1 de septiembre de 1957 se inaugura y bendice la iglesia y vienen el Obispo, el Gobernador militar, el Gobernador Civil, el Alcalde de Santa Cruz, el Cónsul de Venezuela y la Banda de Música del Regimiento y periodistas de El Día y La Tarde. Vienen a un lugar de la isla desconocido para muchos, un nombre con reminiscencias guanches, un punto en el mapa, una mancha de malpaís entre San Juan de la Rambla e Icod. - “Ningún camino lleva a La Guancha. Las carreteras generales de la isla empiezan y acaban sin contar con ella, que por estar tan alta y escondida, es el más modesto de nuestros pueblos.”- dice una crónica de aquel día.

Misas solemnes, procesiones por la calle Arguayo y la calle Verde, coros, bandas de música, rondallas, verbenas. Y la participación activa de la gente del barrio,

asombrada ante tanto boato y esplendor. El escritor Salvador Pérez describe de forma pormenorizada y con humor los acontecimientos de aquellos días en su libro “La Banda en la vida”. En uno de sus párrafos reproduce lo que le contaron gentes del barrio: “...los brindis se hacían en las casas de los vecinos y a los platos y vasos les ponían debajo, con esparadrapo, el nombre de cada dueño para no confundirlos. Y así se hacían los brindis con bocadillos de queso y mortadela, rosquetes grandes y pequeños, vino, cerveza en aquellas botellas de a litro, refrescos de botellas grandes y licores como anís, coñac Terry, vino dulce, ponche y vino Sansón”.

Los actos terminan con gran éxito. Ya el barrio tiene su ermita y su plaza. Ya La Guancha de Abajo tiene su fiesta. Ya el emigrante ha cumplido su deseo y debe estar alegre y satisfecho, aunque un periodista escribe: “En los ojos de don José hay sin embargo una expresión de tristeza oculta. Un algo que ignoramos y respetamos en silencio, y que se esconde y brilla a medida que nos habla de la psicología del emigrante canario o gallego, que en América tanto se parecen en el ahorrar y luchar sin cansancio.”

Y ya hoy, en este mayo de 2016, la tradición iniciada en 1957 sigue cumpliéndose con el comienzo de esta fiesta en honor de la Virgen de Coromoto que vino de tan lejos para quedarse en La Guancha de Abajo, y con la participación de todo un barrio, que ya ha dejado de ser barrio, que quiere aunar la historia vivida con la historia que construye cada día.

***Juan José Rodríguez González,**

Miembro del Patronato de la Fundación Canaria Carlos Salvador y Beatriz

20 de Mayo de 2016